

6. Dialéctica entre los fines y los medios: Hegel y el proceso salvadoreño

Ricardo Ribera¹

Resumen

Es un tema explorado y desarrollado por Hegel en diferentes partes de su obra filosófica: la relación de naturaleza dialéctica que se establece entre los medios y los fines. Nos parece encontrarla asimismo en diversos aspectos del proceso histórico salvadoreño, en especial en el tiempo de la guerra civil. Resulta revelador y “desvelador” de aspectos que son esenciales para su interpretación a profundidad. Vamos a ir mostrando a continuación algunos de los hallazgos de nuestra investigación. Para ello iniciaremos la exposición resumiendo la conceptualización hegeliana, eje fundamental de nuestro marco teórico.

En la segunda parte esbozamos muy rápidamente su aplicación al proceso, que puede resultar provocativa y sugerente, a la hora de intentar una reflexión crítica sobre el mismo. Son distintos aspectos de la historia reciente de El Salvador donde creemos puede aplicarse el tipo de dialéctica entre fines y medios que hemos podido describir de la mano de Hegel. Este filósofo alemán plantea que la verdad se esconde detrás de las apariencias, que debe ser develada o des-cubierta, a fin de llegar a la esencia. La utilización que hagamos de la dialéctica persigue idéntico propósito, es decir, sacar a la luz aspectos que están velados, cubiertos por la superficie de los eventos, y que son claves para comprender aspectos decisivos de la lógica del proceso histórico.

Palabras clave: El Salvador, historia, dialéctica, política, guerra, revolución, izquierda, negociación, paz, democracia, masas, vanguardia, Hegel, Marx.

6.1 La filosofía hegeliana

6.1.1 Fines y medios en la antropología de Hegel

Lo que más nos interesa del método aplicado por Hegel es la forma cómo relaciona dialécticamente fines y medios. Son distintos pasajes de su obra donde esto aparece. En su Filosofía de la Naturaleza (segunda parte de su Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas) señala que propio del viviente

es darse a sí mismo un fin.² Sobrevivir es su primer fin. Para afirmarse a sí mismo el organismo debe mantenerse con vida. Para ello necesita relacionarse con su entorno. Éste se vuelve entonces un medio para él. Es propiamente el “medio natural” o hábitat donde desenvuelve su vida. Se conforma a sí mismo desde tal dependencia. Su interioridad ha de tomar en cuenta esa exterioridad, es determinada por ella. El ala del pájaro, la pata del camello, la aleta del pez, el ojo del águila, cada especie animal parece diseñada cabal para el tipo de vida que le ha tocado vivir y para el entorno en que desarrolla su vida. Podríamos decir que el fin se logra en la medida que el viviente permite que el medio se imponga y lo configure. De ahí el mecanismo de adaptación de los distintos seres vivos al medio natural en que desarrollan sus vidas.³

El ser humano muestra su superioridad en el hecho de que complementa la adaptación al medio con su capacidad para transformarlo y adaptarlo a sí mismo. El hombre modifica el medio y lo convierte en un mundo humano. Le fija fines a la naturaleza. Frente al orden natural el ser humano inventa otro orden, un orden finalista, que se sobrepone a la naturaleza. La doblega, la pone a su servicio. Lo hace sin transgredir nunca sus leyes. La domina obedeciéndola. Usando el peso de los materiales y la ley de la gravedad, levantará paredes y columnas, sostendrá el techo sobre ellas. Pone a su servicio los elementos, que lo desafían y contra los cuales lucha. Es capaz, como el marinero, de “avanzar contra el viento, impulsado por la fuerza misma del viento”.⁴ En una frase cargada de metáfora Hegel expresa: “es el viento el que se fatiga por nosotros”. Es expresión de “la astucia del hombre”.

Simbolos de ese dominio sobre la naturaleza y del desarrollo de los oficios son la casa, el barco, el reloj. El “homo sapiens” se convirtió en el “homo faber”. Ha desarrollado el útil, la herramienta. Con ella transforma el medio natural, pero resultará él mismo transformado. Desarrolla habilidades nuevas, específicas destrezas, incluso sus sentidos alcanzan capacidades especiales. Dependiendo su actividad será el oído o la vista, los que se afinarán y agudizarán. O puede ser el gusto y el olfato, o el sentido del tacto. Cada oficio o actividad humana procura determinados desarrollos. El fin es superior al medio, aparentemente, y lo determina. Es sólo apariencia. A la larga, lo valioso para la cultura humana, lo que se va conservar y permanecerá es el medio. Es “la dignidad del arado, sobre sus modestos servicios”. Es la carreta la adquisición para la humanidad y a futuro no importará la

finalidad que haya tenido quien la inventó de trasladar o mover alguna cosa concreta.

Es decir, “al perseguir los fines, que son singulares y efímeros, el hombre inventa medios universales y duraderos”.⁵ Quien desea el fin, quiere los medios. “El fin de mi deseo es accesible solamente cuando poseo el medio. Por lo tanto este último aparece también como contenido de mis deseos.” Solemos atribuir al fin más importancia que a los medios. Es equivocado. Es el dinero, el medio por excelencia, el que se convierte en fin. Después de su invención, la agricultura se convierte en el medio permanente y universal para obtener un número prácticamente infinito de cosechas y por un período que agota la duración de muchas vidas humanas. El medio es más elevado que los fines finitos de la finalidad. El útil se mantiene mientras los goces inmediatos pasan y se hunden en el olvido. El trabajo transforma todas las cosas en medios para el hombre. El hombre ejerce el poder sobre la naturaleza mediante sus útiles, mientras que por sus fines más bien está sometido a ella. Es la inversión que nos mostró Hegel.

Se da un salto con la máquina. Mientras la herramienta en la mano del hombre era sólo un medio y el humano ponía el fin, ahora resultará invertido. El hombre le fija un fin al mecanismo y terminará él mismo convertido en un simple medio al servicio del engranaje productivo. En esta crítica Hegel se adelanta al análisis marxista de la enajenación del trabajo. Por otra parte, hace una verdadera apología del trabajo humano – que sin duda sedujo al joven Marx – el cual conquista los medios de satisfacer la necesidad. “Si el paraíso del goce amenazaba al hombre como una desgracia, cabe afirmar que el pecado original lo salvó, pues lo ha obligado a salvarse a sí mismo.”⁶

Hay otro aspecto de la concepción antropológica de Hegel donde se desarrolla asimismo la dialéctica entre medios y fines. Es en la relación que se establece entre el hombre y su obra. En realidad, puede valer para cualquier ser humano, aunque el examen hegeliano es más comprensible si lo aplicamos a un artista, a un escritor, a un científico o investigador, a un creador en suma. Éste “vive para su obra”, que se proyecta ante el hombre creativo como su fin. El avance del conocimiento científico, la belleza de la obra artística terminada, el desarrollo de la investigación, lo considera el aporte suyo a la humanidad. Es lo que le da sentido a su vida, es su afán. Un análisis cuidadoso revelará que, en realidad, si la obra

le resulta tan valiosa es únicamente por ser suya. Los otros descubren pronto que no es sincero el desinterés que argüía. La obra será valorada sólo en la medida en que se convierta en la obra de todos.

Más que por falta de sinceridad eso es debido a la inversión, por la cual el fin revela ser en verdad sólo un medio: la obra ha sido el medio para que el artista, el inventor, el descubridor, se realice a sí mismo. Es decir, la verdadera obra del hombre es él mismo. Nos hacemos a nosotros mismos. La tarea de cada uno es hacerse a sí mismo. Y para ello y por ello nos interesa la obra de los demás. Como modelos o auxilios en tal quehacer. De tal modo nos atrae incluso aquello que no estaba destinado al público sino que corresponde a la esfera de lo privado o incluso de lo íntimo. Nos interesan los diarios de algún personaje celebre, la novela destinada a ser quemada por órdenes testamentarias, las vivencias íntimas de otro ser humano. Alguien dijo y con razón: “nada de lo humano me es ajeno”. Camino para que el Yo se convierta en un Nosotros las diferentes facetas de la conciencia individual sirven de materiales al servicio de la construcción de la conciencia colectiva.

6.1.2 Fines y medios en la filosofía de la historia de Hegel

La historia filosófica a que aspira Hegel, historia reflexiva, comprensiva, que no sea simple relato de acontecimientos, coincide con su moderna concepción como ciencia social. Dice un estudioso de Hegel y de Marx: “Es necesario aceptar la alternativa: o se renuncia a la explicación histórica, y nos contentamos con relatar historias, o buscamos la explicación en la historia misma, y adoptamos un método que recupera el movimiento de la cosa...” Y sigue diciendo: “Hegel es el primero, afirma Engels, que partió de este principio y que armado con este método sostuvo la tesis de un vínculo de los acontecimientos, que les sería inmanente (...) la totalidad del mundo natural, histórico y espiritual se representa como un proceso, es decir, comprendida en un movimiento, un cambio, una transformación y un desarrollo incesantes.”

Este método para captar la lógica del proceso, la dialéctica, implica asumir el desafío que ha planteado Hegel en forma de paradoja: por un lado es cierto que la historia la hacen los hombres, pero también lo es que la historia hace a los hombres. Esa segunda verdad es de mayor entidad que la primera. Mientras el primer aserto pone a los seres humanos en calidad de sujetos, en la segunda afirmación, negación de la anterior,

éstos resultan reducidos a ser objeto de la historia. Es el proceso el que los modifica, moldea y utiliza, como si fueran medios en función de fines que les rebasan y que la propia historia impone.

La investigación de tal relación llevó a Hegel a plantear la tesis de “la astucia de la razón”. Viene a ser complemento y negación de “la astucia del hombre” que hemos expuesto anteriormente. La finalidad humana se imponía sobre la Naturaleza, pero se revelará impotente para hacer lo mismo en el terreno de la sociedad y la historia.⁸ Lo que se produce nunca es lo que se perseguía conscientemente. “Los individuos y los pueblos al buscar satisfacer sus propios fines son a la vez el medio e instrumento de algo superior que realizan inconscientemente (...) surge algo más que lo que los hombres se proponen, más de lo que ellos saben y quieren inmediatamente.”

La problemática ya había sido planteada anteriormente por Kant, pero resuelta de un modo demasiado ingenuo en la opinión de Hegel. El filósofo de Königsberg escribió: “No se imaginan los hombres y los pueblos que al perseguir cada cual su propósito siguen insensiblemente la intención de la Naturaleza que ignoran (...) Se puede considerar la historia de la especie humana como la ejecución de un secreto plan de la Naturaleza, para la realización de una constitución estatal interiormente perfecta...”⁹ Pero no le satisface a Hegel una explicación que presuponga la intervención de la Providencia divina o alguna solución similar. “Hegel presenta una historia humana en la que Dios está presente por doquier, pero en la que todo puede explicarse como si él no existiese.”¹⁰

Los fines históricos se persiguen y alcanzan sólo inconscientemente. Buscando un camino a las Indias se descubre América. Cada cual busca lo suyo. Actos egoístas, diferentes iniciativas, un caos aparente, que sin embargo disimula un orden oculto. Puede denominarse *astucia de la razón* el hecho que ésta deja que las pasiones actúen por ella. Ésta permite afirmar conjuntamente la libertad del individuo y la necesidad de la historia. En la *astucia del hombre* el momento de la necesidad era el de la naturaleza y el de la libertad caía del lado del hombre, la actividad humana “engañaba” a la naturaleza. ¡Dirigía a la naturaleza obedeciéndola! Ahora por el contrario, en la *astucia de la razón* la actividad humana se ve engañada por la necesidad de la historia. ¡Obedecer a la historia creyendo imponérsele!¹¹

Ese mandato incluye a las grandes personalidades históricas. Alejandro Magno conquistó parte de Asia, Europa y África. A su muerte el formidable imperio que levantó fue repartido entre sus lugartenientes. Opina Hegel: “Alejandro no sabía que estaba trabajando para sus capitanes.” El gran hombre obra por su fin, pero resulta ser sólo un medio. César se lanza sobre Roma para preservar su posición y salvarse de sus enemigos. Derriba la República e instaura el Imperio, es decir, cumple la misión históricamente necesaria. Conclusión: lo que el hombre hace libremente resulta necesario en la historia.¹²

Esas grandes personalidades históricas, los líderes en general, utilizan a los otros como medios para su fin. Captan la época y lo que ésta necesita. Les dicen a los otros lo que hay que hacer. Hegel lo expresa sutilmente: no es fácil saber lo que se quiere, pues a menudo los seres humanos conocen sólo qué es lo que no quieren; se alzan como dirigentes aquéllos capaces de decirles a los demás lo que quieren, les dicen qué es lo que se debe querer. Transforman las necesidades en deseos. Su fuerza reside en su identificación con el ideal y la correspondencia de éste con lo que Hegel llama el “espíritu de la época”. Descubren el ideal, no lo inventan. Intuyen y proclaman lo que falta. Por medio de esos líderes la época se descubre a sí misma.

Una vez cumplida su misión, resultan innecesarios y suelen tener mal final, víctimas de su propio éxito. “El bonapartismo – advertía Hegel – se aboca a la impotencia de la victoria.” Le pasó a Napoleón, pero también le ha ocurrido a Julio César, a Simón Bolívar, a Robespierre, a Winston Churchill, etc. Es la ironía de la historia. La cual compensa aquel grado de manipulación sobre las masas que señalábamos, puesto que a la postre se invierte y el proceso histórico mostrará que también el líder ha resultado ser instrumento. Alcanzado su fin, o sea, la tarea histórica pendiente de realizarse, sus seguidores lo abandonan. Queda solo e inerme, perdido “en su laberinto”, para utilizar la brillante imagen ideada por García Márquez. “El gran viento de la historia no barre sino el polvo”, es el aforismo empleado por Hegel.

Es una dialéctica que supera el primer momento de instrumentalización de la masa por el dirigente, a la que ha usado para perseguir sus propios fines particulares. Se pasa a un segundo momento donde algo distinto se obtiene, algo que constituye la necesidad histórica, que difiere del propósito del líder y que coloca al proceso en otro estadio y con nuevas

necesidades. El viejo discurso ya no es adecuado. Es el momento de negación en que los dirigidos, ahora que ya pasó su hora, no lo siguen más, se disponen a escuchar a otros líderes con otros discursos. Utilizando al dirigente como un medio, han conseguido algo de sus fines. En última instancia se da la superación: se concreta una finalidad oculta que responde a la racionalidad última del proceso. Es la que en definitiva se ha impuesto, utilizando a unos y otros, dirigentes y dirigidos, como medios para realizarse y hacer avanzar la historia. Concluye el filósofo alemán: “si los hombres lo supieran todo, no harían nada”. Cierta grado de ignorancia de los seres humanos, protagonistas aparentes de los acontecimientos históricos, es necesaria “para que la historia se haga”. Es su presunta racionalidad, no la de los sujetos humanos, la que al final se ha impuesto.¹³

6.2 Fines y medios en el proceso histórico salvadoreño

6.2.1 De la guerra a la paz

En primer lugar, analizamos el significado de la época que arranca en la década de los ochenta y culmina en 1992 con el acuerdo de Chapultepec como el paso de la guerra a la paz. Muestra su naturaleza dialéctica al interpretarla en el sentido de que la guerra se negó a sí misma y generó su opuesto, la paz. Similar podemos decir del período anterior: la paz de los setenta, la paz de la dictadura, terminó provocando la guerra, su contrario dialéctico. De tal modo, la negociación abrió para el país un nuevo período histórico con características de ser “negación de la negación”: negó la guerra inmediatamente anterior, la cual a su vez había negado la falsa paz del régimen militar.

Ahora bien, visto desde la óptica de la izquierda (que es la que lleva la iniciativa) y de la dialéctica de los fines y los medios, resulta evidente que en algún momento la guerra fue concebida como el medio que permitiría alcanzar determinados fines: la transformación del país, el socialismo, la toma del poder, la justicia social, la destrucción de la dictadura, etc. Es bastante claro que deberíamos ordenarlos, pues existe una jerarquía entre dichos fines. Unos son sólo el medio para lograr otros objetivos, aparecen como los peldaños que permiten subir una escalera. Es así debido a que los medios se convierten en fines y viceversa. La misma lucha armada una vez desarrollada al nivel que la convierte en guerra, muy pronto, de

simple forma de lucha, se transforma en finalidad. El fin pasa a ser ganar la guerra.

Durante varios años el empeño en lograr la victoria militar oscurece el planteo originario de que era tan sólo un medio al servicio de determinados fines de índole política y social. La maduración del proceso hará que en algún momento los dirigentes del FMLN puedan replantear su dinámica, caer en cuenta de que la guerra no es un fin en sí mismo y explorar entonces la posibilidad de lograr, el que era su fin, por otros medios.¹⁴ Consideraciones sobre la naturaleza no militar de la guerra (simple “continuación de la política por otros medios”, según la definición clásica de Clausewitz¹⁵) ofrecen argumentos coherentes en la búsqueda de una salida política a un fenómeno que, se reconoce, es de índole asimismo política. Tal recapitulación permite entrar al proceso negociador sin complejo de culpa o sentimiento de derrota. No se trata de ponerle un final político al conflicto por la imposibilidad de resolverlo militarmente. No es sólo eso. Se han descubierto posibilidades antes no vislumbradas de alcanzar los fines por los que se entró en la guerra, por otra vía, con otros medios. Éstos fuerzan una gradualidad imprevista pero tienen la ventaja de un mayor potencial de futuro, dado el gran consenso social obtenido, con perspectivas favorables de largo plazo.

A estas conclusiones se ha llegado en un proceso de maduración, tanto del pensamiento político como del proceso histórico mismo. Se advierten dos etapas históricas diferenciadas: la de diálogo y la de la negociación. Siendo más acuciosos podemos intercalar otras tres fases. Así, habría una previa que llamaremos de *pre-diálogo*, le sigue a partir de 1984 la de *diálogo*, desde 1987 aquél entra en crisis y se pasa a una fase de *pre-negociación*, seguida por la de *negociación*, que arranca en 1990 tras la ofensiva guerrillera de noviembre de 1989 y culmina el 16 de enero de 1992, y una quinta etapa desde dicha fecha hasta las elecciones de 1994. Esta última consiste en el cumplimiento de los acuerdos, coincide en el tiempo con la posguerra (según la periodización de la dinámica militar) y que desde la dinámica política denominamos de *post-negociación*.

Cuando el diálogo se agota aún no hay las condiciones para saltar a la negociación. Por eso un período intermedio, en el que en forma de dilema se avanza al desenlace del conflicto por una doble vía: la militar, que si consiguiese el objetivo volvería innecesaria la negociación, y la política, que vuelve innecesaria la guerra, ante la imposibilidad

comprobada de la toma violenta del poder. Hay que dejar asentado algo de importancia esencial: diálogo y negociación, no sólo son diferentes, son cosas contrapuestas. Mientras el diálogo era una táctica al servicio de una estrategia para ganar la guerra, la negociación es una estrategia para sustituir la guerra por la política y poder dejar atrás el conflicto.

El diálogo estaba en la antigua lógica, imperante desde mediados de los setenta, de la militarización de la política; en cambio la negociación responde a la lógica novedosa, desde mediados de los ochenta, de la politización de la guerra. Dicho desde la perspectiva que venimos proponiendo: mientras el diálogo es un medio político que tiene su fin fuera de sí mismo, pues éste es de naturaleza militar, en cambio la negociación contiene su propio fin, es un medio político para obtener un fin por esencia político, la solución política negociada. Para abrirse paso, la negociación tuvo que negar la fase previa de diálogo. El avance es por la vía del salto y éste se logra negando el diálogo que antecedió a la negociación. Ésta no es simple continuación de las rondas previas de diálogo, al contrario, es hija de la ofensiva militar “hasta el tope”.¹⁶ Por eso se entabla entre guerrerristas y deja fuera a los moderados. La paz no será obra de pacifistas. Son los “señores de la guerra” los que harán las paces.¹⁷

6.2.2 Las masas y la vanguardia

Cualquier partido, en especial de izquierda, considera que las masas son el fin mientras la organización partidaria es solamente el medio. La inversión de tal relación es muy común, por la práctica habitual de los institutos políticos de instrumentalizar a la gente. En vez de ser instrumento del pueblo, al contrario, utilizan a las masas como medio para sus propios fines. Es uno de los fuertes motivos para el descrédito de la llamada “clase política”, algo habitual en los regímenes de democracia representativa. Sin embargo tal perversión no es monopolio exclusivo del parlamentarismo burgués y de los partidos electoralistas. En el período de mayor auge de la lucha de clases y de mayor confrontación político-militar, en plena guerra civil, se dieron dinámicas de inversión dialéctica, del tipo fines y medios que hemos examinado, en la relación entre las masas y el partido.

A finales de los setenta y a lo largo de los ochenta la relación oscila. En un inicio, que corresponde a la fase que hemos denominado *guerra irregular*¹⁸ el papel de las masas se caracteriza por su *participación activa*.

Es resultado de la confluencia entre movimiento popular y organizaciones revolucionarias, con crecientes niveles de conciencia y de compromiso entre amplios sectores de la sociedad salvadoreña. El papel del sujeto histórico es determinante en este período. Se desentiende de la lucha electoral y legal de la UNO y se suma masivamente a una lucha más beligerante. Su capacidad de imposición después se irá perdiendo y no se recuperará, en nuestra opinión, hasta la fase de *guerra con negociación*. Le sigue un período que llamamos de *guerra total*, cuando la lucha armada da el salto a guerra abierta, a partir de la ofensiva insurgente del 10 de enero de 1981, donde el protagonismo de la población es aún muy alto. Esta segunda etapa puede caracterizarse por la *movilización* de los sujetos sociales. Se suman a las guerrillas, las cuales inician su regularización y su profesionalización, empezando a transformarse en ejército revolucionario.¹⁹ Por otra parte, la represión frena el activismo político de las masas. La guerra pasa a ser cosa de “los muchachos”

Se entra así al momento dialéctico de negación de la etapa primera que, desde el punto de vista de las masas, podemos definir como de *expectación pasiva*. “Se mantenían vivas las simpatías y opción particular de cada uno, pero desde afuera del accionar cotidiano. De esta actitud *expectante*, una gran mayoría se va deslizando poco a poco a la posición del simple *espectador* que ya no vibra con las noticias del proceso, sino que se limita a contemplarlo en los informativos y se vuelve cada vez más neutral, en la medida que lo vive como algo ajeno.”²⁰ Ocurre en la larga fase de *guerra integral*, la que ocupó buena parte del conflicto armado, desde inicios de 1984 hasta fines de 1989.

Similar movimiento de negación es el paso a una etapa de *desmovilización* que niega la *movilización* previa y que será muy patente durante la ofensiva “hasta el tope” de noviembre de 1989. Con la creciente profesionalización militar de las fuerzas enfrentadas se fue perdiendo la connotación civil inicial, diferenciándose cada vez más el pueblo de su “brazo armado”, la masa de la vanguardia, los combatientes de los civiles. Éstos dejaron de sentir como “suya” una guerra que se desarrollaba sin ellos y, en gran medida, a costa de ellos. Mientras la voluntad mayoritaria se iba inclinando por una finalización rápida de la guerra, sus protagonistas, por el contrario, se comprometían en nuevas estrategias para asegurar su prolongación. Así, las partes beligerantes se iban divorciando poco a poco de lo que antes había sido base social, simpatizantes o colaboradores de su proyecto histórico.

La desmovilización a que hacemos referencia, aunque marcada por la pasividad, tuvo eficacia histórica. O sea, es el cansancio de la guerra (y de la política) que lleva al distanciamiento de la población hacia las partes en conflicto: “gane quien gane, que esto acabe ya”. Se convirtió en una fuerte motivación para que ambos bandos ingresaran con seriedad al proceso negociador, sabedores de que “quien alargue esto, pierde”. Se llegó a decir que en la negociación estaban “condenados al éxito”.²¹ Lo interpretamos en el sentido de que el pueblo con esta actitud recuperó el protagonismo y capacidad de determinación que había tenido en las fases iniciales del conflicto armado, sólo que ahora por la vía contraria: no con su actividad sino con su pasividad, no por su movilización sino por su obstinada desmovilización.²²

Por último, desde los acuerdos de paz y abarcando las elecciones de 1994, coincidiendo con la fase de *posguerra*, una última etapa caracterizada por la *indiferencia*. No es únicamente sinónimo de desinterés sino sobre todo consecuencia de que la población percibe a los actores políticos indiferenciados: “todos son lo mismo”, “no hay mayor diferencia entre izquierda y derecha”. Los primeros años de la transición estuvieron marcados por la apatía y desconfianza hacia los políticos en general. Explica la sorprendente baja participación electoral en las primeras elecciones en democracia. Predominaba el desencanto, que a nuestro modo de ver, es por la similitud de discursos y prácticas entre izquierda y derecha. Líderes y analistas en el período insistían en la necesidad de la desideologización, de superar la polarización y de la conveniencia de los partidos de correrse al centro. Predominaron tales posturas hasta 1999.

No sería sino tras el descalabro electoral del FMLN (que llevó de candidato al “renovador” Facundo Guardado) que vendría la corrección de tal deriva hacia el centrismo de cuño socialdemócrata. De ahí en adelante si algo ha quedado demostrado en la historia eleccionaria salvadoreña es que quien se mueve hacia el centro del espectro político desaparece como tragado por un agujero negro. Contrario al discurso que critica la “polarización”, en los hechos, las formaciones políticas moderadas y centristas no han logrado superar el ser “partidos-bonsai”, según la atinada expresión acuñada por el trágicamente desaparecido dirigente socialdemócrata, Héctor Oquelí Colindres.

6.2.3 Las políticas de la guerra: negociación y democratización

Si en el apartado anterior hemos desarrollado lo que corresponde a la *historia de la guerra* alrededor de la dinámica militar, determinada por la relación dialéctica entre los sujetos sociales y los actores políticos o, si se prefiere, entre las masas y su vanguardia, expondremos ahora el despliegue de la dinámica política, que es el eje de la que podríamos llamar *historia de la paz*. La relación dialéctica que la determina es la que se establece entre las políticas de guerra de cada bando en contienda, es decir, entre la política de diálogo-negociación que muy tempranamente lanza la alianza FDR-FMLN y la política de elecciones-democratización con la que responderá la parte gubernamental, asesorada, financiada y presionada por los Estados Unidos.

Concebidas para ayudarse a ganar la guerra, inicialmente su intencionalidad es meramente táctica, pero poco a poco irán escalando a instancias más determinantes, en el nivel de la estrategia, de la teoría, de la doctrina y finalmente de la ideología.²³ Tendremos ocasión de revisarlo cuando nos ocupemos de la *historia de la democracia* y sus necesarias transformaciones en la esfera de lo ideológico. Aquí nos concentraremos en examinar la evolución de la relación dialéctica que se establece entre una y otra política. Los sucesivos momentos por los que atraviesa tal relación son: la exclusión absoluta, la necesidad mutua, la paradoja de lo equiparable no equivalente, el dilema entre los iguales no idénticos y la identificación o identidad final. Veámoslo más despacio.

Calificamos de *exclusión absoluta* el primer momento de tal dialéctica pues cada una está concebida como respuesta y rechazo de la otra. Ni el gobierno está dispuesto a dialogar y mucho menos negociar con grupos alzados en armas, a los que califica de “delincuentes terroristas”, ni la insurgencia se aviene a participar en un proceso de democratización y unas elecciones, carentes de garantías y en las que no cree tampoco. Les ofrece un gobierno “ilegítimo y sanguinario”, según el lenguaje de la época. Por ello entre 1981 y 1984 lo que habrá son dos monólogos contrapuestos. Cada parte rechaza totalmente los planteamientos de la otra, pero se ve obligada a impulsar iniciativas que contribuyan a dar credibilidad a la propia posición, al tiempo que critica la del adversario, en el afán por aumentar los respaldos propios – de amigos y aliados, nacional e internacionalmente – y privar al enemigo de los que tiene.

Después de las elecciones de 1984 que instalan en el poder a Napoleón Duarte, primer civil en llegar a la presidencia mediante un proceso electoral desde 1931, se alcanza un nuevo peldaño. Es un hecho que ha habido elecciones, aunque controvertidas, que la Presidencia de la República tiene más legitimidad y que el Estado se encamina a una re-institucionalización, cuyo primer efecto es que deja de gobernarse por decreto. Rige una nueva Constitución, elaborada por una Asamblea Constituyente conformada tras elecciones legislativas, y se instalan los tres órganos del Estado desde el mecanismo eleccionario. La otra política, de diálogo-negociación, también recibirá un impulso cuando, fruto de este reforzamiento político que hemos descrito, el presidente Duarte convoque a una primera ronda de diálogo en La Palma, en octubre de ese mismo año. Tanto la estrategia de elecciones-democratización como la de diálogo-negociación han entrado en una relación de *necesidad mutua*. Se excluyen mutuamente, a la vez que se necesitan. Cada parte critica la inflexibilidad de la otra, al tiempo que intenta mostrar buena voluntad y disposición en sus ofertas. Hay diálogo, pero es un diálogo de sordos.

En esta dinámica una parte se verá obligada a explicitar en qué condiciones podría negociar con la otra mientras el otro bando tendrá que explicar en qué escenario accedería a participar en elecciones. Cada bando se mantiene confiado en un posible desenlace militar que le sea favorable, aunque tenga que ponerle pensamiento y discurso a otros posibles escenarios de salida política. Es el período de *paradoja* pues solución militar o política pueden hipotéticamente ser *equiparables*, pero fácticamente no resultan *equivalentes*. Es decir, se aprecia más valiosa una victoria militar. Es por esto que, aunque sean varias las rondas de diálogo que se realizan, éste sigue supeditado a estrategias guerreristas y no se da el salto cualitativo a una etapa de negociación.

Esta situación paradójica se acentúa en la fase siguiente, es el *dilema*, ahora se vislumbra que solución política negociada pueda ser *lo mismo, aunque no sea igual*. Las partes todavía guardan esperanzas de que sea posible alzarse con el triunfo militar, por lo menos de manera parcial, para un desenlace que suponga la aceptación por el enemigo de que su derrota es inevitable. Harán falta dos años de intensas negociaciones para que se vayan entrelazando, como auténtica trenza, un tipo de acuerdos que reflejan la superación de la contradicción inicial entre diálogo-negociación y elecciones-democratización. La solución política negociada tendrá de ambas. Es diálogo y negociación, pero los contenidos de lo que se discute

son las condiciones para que los alzados en armas puedan ser legalizados y acepten participar en las elecciones. La negociación lo que persigue como meta es alcanzar medidas de consenso para la democratización real del país. Es lo que finalmente doce años de guerra obtienen: la transformación del régimen político, la instauración de la democracia, por primera vez en la historia de El Salvador. Para ello ha hecho falta que se alcanzara este momento de la *identidad* o *identificación* entre la política de negociación y la de democratización.

6.2.4 Las concepciones programáticas

La *historia de la democracia* se vuelve posible porque “los actores políticos, en su esfuerzo por transformar el país, se transformaron en realidad a sí mismos.”²⁴ Es una dialéctica entre lo que “se es” y lo que “se hace”, entre lo que son como “esencia” y lo que son como “existencia”. Como decía Hegel: “nos transformamos en el curso de nuestro esfuerzo por seguir siendo nosotros mismos.” Veámoslo: los actores políticos son “esencialmente” reflejo y representación de los sujetos sociales. En un proceso de toma de conciencia se llegó a una identificación política como fuerzas políticas, con identidad propia y “unidad de propósito”. No obstante, desde el punto de vista de su “existencia”, los actores son tales porque actúan. Desde la praxis, la unidad interna de cada parte se revela como “unidad de acción”. “Vistos teóricamente los actores son solamente representantes de clases y sectores sociales, y su lucha sólo el reflejo superestructural de la lucha real existente entre clases contrapuestas. Pero considerados prácticamente los actores tienden a actuar como sujetos, suplantando en parte a las clases que representan (...) La contradicción aparece como contraposición entre teoría y práctica, como tensión dialéctica entre *unidad de concepción* y *unidad de acción*, como oposición de contrarios entre la conciencia que identifica y la lucha común que unifica.”²⁵

En esa dialéctica la primacía corresponde a *la praxis, a la acción, a la lucha*. Por tanto lo que resultará modificado en el proceso es *la teoría, la concepción y la conciencia*. La negociación y el acuerdo de paz como realidades fácticas demuestran, una vez más, la idea de Marx: “no es la conciencia la que determina la realidad sino, inversamente, la realidad social la que determina la conciencia”.²⁶ Propio de la *historia de la democracia* es la evolución de la *dinámica ideológica*. Ésta se refleja conscientemente en las elaboraciones de sucesivos programas que constituyen la *unidad de concepción* en los distintos momentos del

proceso histórico. Del lado insurgente son básicamente tres: la plataforma del Gobierno Democrático Revolucionario, GDR, la propuesta de un Gobierno Provisional de Amplia Participación, GAP, y el Manifiesto a la Nación por una “revolución democrática”.

La plataforma de gobierno que presentó en enero de 1980 la Coordinadora Revolucionaria de Masas, CRM, asumida desde su fundación por el Frente Democrático Revolucionario, FDR, y posteriormente por el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, FMLN, conocida popularmente como la del Gobierno Democrático Revolucionario, GDR, era expresión de *la unidad de concepción y de propósito* a que habían llegado las distintas fuerzas políticas y sociales que confluían en tal coyuntura en su firme oposición al régimen, fruto del proceso de acumulación de fuerzas y agudización de las contradicciones en que se entró, en especial a partir de las fraudulentas elecciones de 1977. Básicamente reflejaba los acercamientos y articulación del pensamiento entre las “fuerzas democráticas”, que habían participado del proyecto electoral de la Unión Nacional Opositora, UNO, y las “fuerzas revolucionarias” que en la Dirección Revolucionaria Unificada, DRU, y desde octubre del mismo año en el FMLN, se integraron bajo un solo paraguas organizativo. La confluencia era entre ocho diferentes organizaciones políticas que componían la alianza estratégica FDR-FMLN, más una serie de organizaciones sociales agrupadas bajo el manto de la CRM y del FDR.

En estos primeros tiempos del conflicto era claro que el GDR representaba *el fin* que compartía la amplia coalición de las fuerzas democráticas y revolucionarias alzadas contra la dictadura. Un solo programa y, en función de tal fin, varias formas de lucha como sus medios.

Cuando en enero de 1984 la alianza FDR-FMLN dio a conocer la propuesta de conformación del GAP, como una oferta concreta de negociación a la Junta Revolucionaria de Gobierno de la época, donde era clave la participación de la democracia cristiana junto a elementos militares, es evidente que el carácter de la plataforma programática ya no era simplemente un *fin*, sino que pasaba a ser un *medio*. El mensaje a los gobernantes de la época era: si aceptan negociar nuestra propuesta estamos dispuestos a rebajar nuestros objetivos y propósitos, a conformar un *gobierno provisional de amplia participación*, en lugar del *gobierno democrático revolucionario* que era nuestra concepción inicial y nuestra

finalidad última.²⁷ De alguna manera, en aras de participar del gobierno y de aislar a Arena, los Frentes le tendían la mano a la democracia cristiana que participaba del Ejecutivo, con el planteamiento de incluir a todas las fuerzas “a excepción de los guerreristas”. Visto desde otro ángulo, se mantenían las dimensiones *antioligárquica* y *democrática* de la revolución. Se renunciaba a la dimensión *antiimperialista*, dado que la propuesta se hacía al aliado principal de Estados Unidos. Tampoco se planteaba ya la sustitución de la Fuerza Armada por el ejército rebelde como “verdadero brazo armado del pueblo” sino la fusión de ambos ejércitos, previa depuración de los elementos violadores de los derechos humanos.

Para que tal propuesta pudiera funcionar se requería de la aquiescencia o, por lo menos, del permiso de la gran potencia norteamericana, que se había involucrado a fondo en el proceso y venía asesorando y financiando al gobierno salvadoreño en su esfuerzo de guerra. Por eso podemos decir que la propuesta del GAP venía a ser como un guiño hacia Estados Unidos. Era como decirles: “No es con ustedes el pleito. Si permiten que depuremos a la Fuerza Armada de elementos genocidas y antidemocráticos, si dejan que Arena, representante de la oligarquía salvadoreña, sea aislada y marginada, nosotros estamos dispuestos a terminar la guerra, a integrarnos al gobierno y a compartirlo con sus aliados del PDC, relegando nuestra finalidad inicial (GDR) a un futuro posterior, cuando ganemos en unas elecciones en las que participemos en su organización y garantía.” Obviamente, el planteamiento implicaba eliminar las referencias a una *revolución antiimperialista* que había sido parte esencial del pensamiento y del fin del movimiento revolucionario salvadoreño. Esta renuncia era exigida por la praxis, las posibilidades que abría el proceso inducían a efectuar esta concesión, en definitiva, concebir los fines como simples medios, para así seguir avanzando. No había mayor obstáculo: ya Marcial no estaba para oponerse con su legendaria intransigencia a esta actitud más pragmática y más política.²⁸

La misma lógica va a presidir la renovación de la concepción programática que realiza el FMLN, esta vez sin el acompañamiento del FDR, extinguido tras el regreso al país de sus partidos y su participación en la palestra electoral como Convergencia Democrática, meses después del esfuerzo bélico final que fue la ofensiva “hasta el tope” de noviembre de 1989, cuando ya establecida la mesa de negociación, en la segunda mitad de 1990 da a conocer su Proclama a la Nación donde desarrolla su planteamiento de *revolución democrática*. El Frente está negociando con

Arena y con la Fuerza Armada; Estados Unidos juega el papel de apoyo al proceso negociador. Desaparece ahora, no sólo cualquier referencia a una *revolución antiimperialista*, también los contenidos propios de una *revolución antioligárquica*.²⁹

Ya no es conveniente, vista la posibilidad real de lograr un desenlace que no es victoria pero tampoco derrota y en el que pueden obtenerse una parte de los objetivos del Frente. Éste acepta que la política económica corresponda al gobierno: para cambiarla hay que ganar las elecciones. También acepta las fechas que determina el calendario electoral de un proceso democratizador que hasta entonces venía denunciando como ilegítimo. La negociación supone un reconocimiento al Frente como interlocutor legítimo; también el FMLN en contrapartida tiene que conceder legitimidad al gobierno con el que negocia. Y éste ha salido de un proceso eleccionario históricamente real, aunque contestado y discutido. El realismo que impera en la esfera de la negociación implica esta paleta de concesiones mutuas. La lógica es ceder para obtener, ceder para que la contraparte también ceda, ceder para ganar.

6.2.5 Más allá de la guerra

Para referirnos a las dinámicas de posguerra y a la situación actual, nos pueden servir algunas cosas que escribimos veinte años atrás: “Puede decirse que *el tipo de solución* al conflicto condicionó asimismo *el contenido* de la misma, que el *método* de la negociación influyó poderosamente en la *sustancia* de lo acordado (...) que en la relación dialéctica entre *los aspectos sustantivos* objeto de negociación y *las cuestiones de procedimiento* de la misma, tenderían a imponerse estas últimas como las más decisivas (...) reflejo de ello será asimismo el que la solución negociada privilegie claramente lo que tiene que ver con *los efectos* de la guerra más que lo que está ligado a *las causas* de la misma (...) la cuestión de *las garantías* tomaba para las partes una importancia definitiva, aceptando con mayor facilidad sacrificar determinadas cuestiones de contenido con tal de que queden aquéllas aseguradas.”³⁰

La ambigüedad está en la propia objetividad fáctica: el sistema acepta al FMLN, pero también éste ha de aceptar e integrarse al sistema; la participación electoral es un derecho ganado por el Frente pero es también una obligación adquirida; la legalidad, una conquista de la izquierda revolucionaria, puede ser el camino a su integración y futura

“domesticación”. El aprendizaje de las estrategias y artimañas de la lucha parlamentaria resulta una necesidad insoslayable, pero al mismo tiempo arriesga contaminar el estilo político y pervertir la mentalidad de los cuadros dedicados a mantener la pugna en tal trinchera política, de por sí muy alejada de la vida y la sensibilidad de las bases a las cuales se dice representar. Alcanzar nuevas cuotas de poder y ganar elecciones aparece como medio indispensable en la nueva coyuntura. Pero convertido en fin, puede degenerar la naturaleza misma de la izquierda. Lograr ser gobierno es la meta inmediata, pero no está claro si hay conciencia de que se trata tan sólo de un medio, que nunca ha de ser visto como un fin en sí mismo.³¹

Las cuestiones de fondo: ¿sigue siendo revolucionaria esa izquierda que ha alcanzado el poder por una vía no revolucionaria?, ¿sigue siéndolo si para mantenerlo se ve forzada a hacer concesiones, no sólo a sus aliados y amigos, también a sus adversarios y enemigos?, ¿seguirán siendo indefinidamente aplazadas las transformaciones revolucionarias en camino al verdadero cambio social, sustituidas por programas sociales asistencialistas, que alimentan el clientelismo pero no crean conciencia ni organizan a las masas?

Son preguntas que no tienen una respuesta única. Tampoco se contestan con un discurso o argumentos, son interrogantes que demandan una contestación en la práctica. Lógicamente, no de un solo golpe, sino mediante una praxis sostenida y coherente, que permita transformar escenarios y avanzar a nuevos sistemas de posibilidades. Es decir, desde el realismo del paso a paso, viendo el suelo sobre el que se camina, pero también alzando la vista hacia el imprescindible horizonte de utopía.³²

La tragedia de nuestro tiempo estriba en que el futuro nos engulle sin darnos tiempo a masticar, digerir y asimilar el pasado. Se pierden las raíces y se arriesga el rumbo de la andadura. Las urgencias del mañana y el pragmatismo del ahora parecieran vaciamos del ayer, de la coherencia de la biografía y la fundamentación del propósito. Pudiera pasarle al FMLN lo que le pasó a la socialdemocracia alemana, el partido SPD, del cual se dice que constituye la paradoja de los revolucionarios en la patria de Karl Marx: “con el SPD no se puede hacer la revolución, sin el SPD tampoco.” Demasiado reformista para poder contar con dicho partido para una revolución, pero demasiado enraizado en la sociedad, la clase obrera y los sindicatos para poder empujarla sin su concurso.

Pudiera ser que el FMLN de El Salvador llegue a constituir una

contradicción similar: después de haber nacido queriendo ser, y haber sido efectivamente, la fuerza de la revolución, convertirse finalmente en el principal obstáculo a una revolución futura en el Pulgarcito de América. Fuera otra ironía de la historia, que sin duda no sorprendería demasiado a Hegel: una muestra más de inversión dialéctica donde “A” termina en un movimiento interno de negación convirtiéndose en “no-A”. Cuando el medio, víctima de su propio triunfo, degenerado en fin de sí mismo, deberá ser superado y negado para poder ir más allá de él mismo. Si ocurre, nuevas izquierdas brotarán y florecerán, sin duda. En tal medida lo preocupante no son los síntomas de crisis; preocupante fuera que la crisis no apareciese. No debiera ser demasiado motivo de escándalo, es ley de vida: lo nuevo se abre paso a costa de lo viejo, lo viejo debe morir para que lo nuevo ocupe su lugar. Es síntoma de crecimiento y desarrollo, prueba de que la vida se recuperará y se abrirá paso, triunfante. Como el bosque que se nutre de sí mismo, de los árboles caídos, de madera podrida hecha humus. Para que de la tierra renacida, el bosque renazca.

Conclusión: Premonición marina³³

A mi modo de ver, éste no es un tiempo de revolución, sino una época de reforma. Pero esto no quiere decir que los cambios no puedan ser profundos o que todo se vaya a desarrollar de manera tranquila y apacible. Vivimos un período caracterizado por la agudización de la lucha de clases. Es decir, ésta ha comenzado a ir en ascenso. Nuevamente. Lo cual determina que, en la actual fase, la batalla de las ideas cobre especial relieve.

También la lucha de ideas se agudiza. Es la que prepara, alienta, promueve y acompaña un lento movimiento que surge desde lo más hondo de la nación. Es éste un tiempo de espera. No de inacción, sino de esperanza activa. Esperando esperanzados que el pueblo se ponga de nuevo en marcha.

Hoy luce postrado. Tirado, desmoronado, abandonado. “Arrojado a la existencia” – como gustaba decir Heidegger, el gran filósofo alemán –, un simple “ser-ahí”. Heidegger: fascista, pero gran pensador, sin duda. Pensador, pero gran fascista, sin duda también.

Necesitamos pensar a la altura de nuestros tiempos y necesitamos pensamiento de altura. Para enfrentar a los nuevos Heidegger de nuestra

época. Para ayudar a que reaccione el pueblo. En dirección a “derrocar todas las relaciones en las que el hombre es un ser humillado, esclavizado, abandonado, despreciable”. Así lo exigía, clarividente, otro alemán: Karl Marx. Necesitamos pensar al modo de Marx, necesitamos pensamiento a la altura de Marx.

Necesitamos un grito. Una voz que ordene: “¡Levántate Lázaro!” Hacer que nuestro Lázaro-pueblo, paralizado en su propio sufrimiento, atienda el llamado y crea. Tiene que creer. Si no cree en el milagro, no hará por levantarse, no emprenderá el esfuerzo y el milagro no se producirá. Sólo puede darse por la fe, al recobrar la confianza, al saberse capaz.

Si Lázaro no tira las muletas y no hace por levantarse, nunca volverá a caminar. Si el ciego no abre los ojos, seguirá sin ver. Asimismo el sordo debe retirar las manos de sus oídos. Sordos, ciegos, paralíticos; todos paralizados, sin ver, ni oír. Así hemos estado. Así nos han tenido.

Hora es ya de reaccionar. Atender al llamado de la historia, a la nostalgia del futuro, al pasado que exige ser completado, al presente que se vuelve insostenible. Al grito que puede salvarnos y salvar al país: “¡Levántate pueblo!”

Vendrá. No como ola revolucionaria, no como oleada. Ésta se precipita, toda estruendo y espuma. Se agiganta, choca y rompe, golpea... Pero bien luego se retira. Y por un momento el mar se tranquiliza. Recobra fuerzas todavía para precipitarse

de nuevo, bravo y fiero. Es un repetido avance y retroceso, un esfuerzo sin mayor fruto, sin consecuencias.

Al final, sólo queda la espuma tiñendo de blanco su azul profundo. Y el mar se amansa. Agotado en su oleaje sin futuro, infructuoso, ya sólo ondula su vestido de aguas. Se ha vuelto paisaje que no asusta, que no genera inquietud. Es un ir y venir de olas sin trascendencia ni sorpresa, una quietud nunca inmóvil, un vaivén sin fin, un mar acompasado y previsible, domesticado.

Vendrá, está viniendo ya, se está alzando, incorporándose de a poco, levantándose. Pero no como oleada. Lo hace ahora como marea.

Tras el largo reflujo viene ahora el cambio de marea. Es la mar toda la que se empina, se alza sobre sí misma, recobra su nivel, el que le corresponde. Reclama su espacio, lo invade, lo recupera, lo hace suyo. No hay barrera humana o natural que pueda impedir este avance, silencioso y pausado, callado, tranquilo.

Es la marea. Su movimiento es hacia arriba, busca lo alto, hace por acercarse al cielo. Es una líquida masa atraída por el cielo. El mar acude al llamado de los astros. Y empieza a levantarse. Así viene nuestro pueblo, como marea.

Es la luna quien llama: levántate pueblo, álzate como mar, sube como marea.

¡Avanza! Inunda, invade, recupera, moja y empapa. Que esta tierra es tuya. Te pertenece. Humedece lo árido y seco para hacerlo germinar. Haz del país un jardín. Haz del país un huerto. Llénalo de belleza y de alimento. Que nos alimente el alma y nos embellezca el cuerpo. Haz de él tu paraíso, el que perdiste porque te lo perdieron; recupéralo. Es tuyo.

Así viene el pueblo: como marea, soñando futuro. Jardinero y sembrador. Sembrando utopías y jardineando esperanzas. Hay ocasiones en que me parece ya verlo venir.

Para cuando ocurra, aquí estaré. Yo quiero acompañarlo, dejarme llevar por su marea incontenible. Dejarme arrastrar tierra adentro. Dejarme perder y dejarme encontrar en lo perdido. Sumergirme en el mar pueblo, elevarme y avanzar en su marea. Ya viene, ya está llenando, viene subiendo.

Referencias

1. Ellacuría, I. (1991). *Veinte años de historia en El Salvador (1969-1989). Escritos políticos*, Tomo III. San Salvador: UCA.
2. Hándal, S. J. (1991). *El socialismo: ¿una alternativa para América Latina? Schafik Jorge Hándal entrevistado por Marta Harnecker*. San Salvador: Alternativa.
3. Hegel, G.W.F. (1997). *Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas*. Madrid: Alianza.
4. Hegel, G.W.F. (1984). *Filosofía real*. México: F.C.E.
5. Hegel, G.W.F. (1981). *Escritos de juventud*. México: F.C.E.
6. d'Hondt, J. (1971). *Hegel, filósofo de la historia viviente*. Buenos Aires: Amorrortu.
7. d'Hondt, J. (1974). *De Hegel a Marx*. Buenos Aires: Amorrortu.
8. Kant, I. (1987). *Idea de una historia universal en clave cosmopolita*. Madrid: Tecnos,
9. Kant, I. (1985). *Filosofía de la historia*. México: F.C.E.
10. Kojéve, A. (2013). *Introducción a la lectura de Hegel*. Madrid: Trotta.
11. Krämer, M. (2009). *El Salvador: Unicornio de la memoria*. San Salvador: MUPI.
12. Lungo, M. (1989). *La lucha de las masas en El Salvador*. San Salvador: UCA.
13. Marx, K. (1970). *Contribución a la crítica de la economía política*. Madrid: Alberto Corazón.
14. Ribera, R. (1994). *La negociación del acuerdo de paz*, Realidad #37, enero-febrero. San Salvador: UCA.
15. Ribera, R. (1994). *¿Guerra, paz... democracia? El Salvador de 1979 a 1994: una interpretación dialéctica*, Realidad #42, nov.-dic. Salvador: UCA.
16. Ribera, R. (1998). *Para leer a Hegel. Filosofía para principiantes*. Salvador: UCA.

17. Ribera, R. (2013). *Ignacio Ellacuría y la dialéctica* ECA #732, enero-marzo. Salvador: UCA.
18. Ribera, R. (2013). *Lenin y Gramsci en El Salvador*, Humanidades, V época - n°2, septiembre- diciembre, Facultad de Ciencias y Humanidades. San Salvador: UES.
19. Ribera, R. (2014). *El Salvador entre 1969 y 1999: dialéctica de tres décadas históricas*, Realidad #139, enero-marzo. Salvador: UCA.
20. Ribera, R. (2014). *Marx no era marxista-leninista*, Realidad #140, abril-junio. Salvador: UCA.
21. Samayoa, S. (2002). *El Salvador: la reforma pactada*. Salvador: UCA.
22. Sánchez Cerén, S. (2008). *Con sueños se escribe la vida, autobiografía de un revolucionario salvadoreño*. México: OceanSur.
23. Tamayo, J. J. (2012). *Invitación a la utopía*. Madrid: Trotta.
24. Von Clausewitz, C. (1976). *De la guerra*. Barcelona: Labor.

Notas

1 El autor es docente en la escuela de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias y Humanidades de la Universidad de El Salvador.

2 “Lo misterioso, lo que suele constituir la dificultad para comprender el instinto, consiste únicamente en que el fin sólo puede ser captado como el concepto interno (...) La determinación fundamental que Aristóteles captó del viviente, a saber, que hay que considerarlo como actuando con arreglo al fin, estaba casi perdida en los tiempos modernos hasta que Kant en la *finalidad interna*, a saber, [entendiendo] que lo vivo debe considerarse como *fin de sí mismo*, resucitó a su manera este concepto (...) El instinto es la actividad finalística que actúa de manera inconsciente.” (Hegel, G.W.F.: *Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas*, Alianza, Madrid, 1997; pág. 418); (primera edición alemana: Heidelberg, 1817).

3 “La planta es la individualidad orgánica inmediata, en la cual predomina la especie y la reflexión no es individual, lo individual no vuelve como tal a sí, sino que es otro, *no se siente a sí mismo* (...) el organismo vegetal es la vida sin identidad; en él la individualidad no es aún real (...) el organismo

animal, en cambio, es la vida que existe como vida y la vida es unidad de dos vivientes.” Hegel, G.W.F.: *Filosofía real*, F.C.E., México, 1984; págs. 108 y 123; (el texto original en alemán es de 1805-06)

4 “*Diario de viaje a los Alpes berneses*”, en Hegel, G.W.F.: *Escritos de juventud*, FCE, México, 1981.

5 d’Hondt, J.: *Hegel, filósofo de la historia viviente*, Amorrortu, Buenos Aires, 1971; pág. 263.

6 Ibid, pág. 267.

7 d’Hondt, J.: *De Hegel a Marx*, Amorrortu, Buenos Aires, 1974; pág. 218.

8 Hegel expone en la llamada “pequeña lógica” que forma parte de su *Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas*, al final de la *doctrina del concepto*, en la sección dedicada a la *teleología*, a la que preceden las referidas al *mecanismo* y al *quimismo*, que “el fin subjetivo en tanto poder del proceso en el que lo objetivo se desgasta por fricción mutua y se supera, se detiene fuera de ellos [del mecanismo y del quimismo] y es lo que en ello está manteniéndose, es la *astucia de la razón*.” Hegel, G. W. F.: *Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas*, Alianza, Madrid, 1997; pág. 281. Lo que ha sido interpretado en el sentido que “las propiedades físicas y químicas del objeto exterior se ponen al servicio de los fines del espíritu y así alcanzan su propio concepto y libertad. Pero el texto añade para explicar el significado de “*la astucia de la razón*” un cierto desgaste por roce o frotación que pareciera aludir a las fricciones humanas o quizás al antagonismo natural entre individuos y entre Estados que Kant incluyó en la “insociable sociabilidad” de los humanos.” Kant, I.: *Idea de una historia universal en clave cosmopolita*, Tecnos, Madrid, 1987 (primera edición alemana 1784)

9 *Idea de una historia universal en sentido cosmopolita*, en Kant: *Filosofía de la historia*, FCE, México, 1985; pp. 40 y 57.

10 d’Hondt, J.: *Hegel, filósofo de la historia viviente*, Amorrortu, Buenos Aires, 1971; pág. 269.

11 Íbid. p. 274.

12 Ribera, R.: *Para leer a Hegel. Filosofía para principiantes*, Ed. para el debate, UCA, San Salvador, 1998; pp. 83 y 84.

13 “Un ejemplo biográfico, basado en la descripción no pretenciosa de su vida, ilustra ese “movimiento de la conciencia” de un dirigente popular [Sánchez Cerén, 2008: 338]; un recorrido en el que la subjetividad se amplía como resultado del movimiento de una objetividad real, que se comporta con la racionalidad que a aquélla le atribuía Hegel.” (Torres Rivas, E.: *Revoluciones sin cambios revolucionarios. Ensayos sobre la crisis en Centroamérica*, F&G, Guatemala, 2013; pág. 389).

14 “El genio salvadoreño produjo lo que John Foran, el más reciente estudioso de las revoluciones en el mundo, reconoce... “probablemente la más intensa experiencia revolucionaria en la historia de la humanidad, que falló en la toma del poder.” [Foran, J.: *Taking Power: On the Origins of Third World Revolutions*, Cambridge Univ., 2005, pág. 206] (citado por Torres Rivas, opus cit., pág. 378).

15 von Clausewitz, C.: *De la guerra*, Labor, Barcelona, 1976; primera edición en alemán en 1832.

16 “...entre la ofensiva y la negociación el nexo quedaba establecido más por el relativo fracaso de aquélla, que por lo que pudo tener de exitosa. Formulado en términos dialécticos, negativos, en una fórmula de las que tanto gustaba Hegel, podría decirse: *el éxito de la ofensiva estuvo en su fracaso*. En noviembre de 1989 el FMLN logró estremecer las estructuras de poder del Estado salvadoreño; impactó la opinión pública mundial con su sorprendente demostración de fuerza, capacidad y audacia; conmocionó a la población capitalina y modificó profundamente su percepción de la guerra; tuvo en sus manos un número considerable de barrios y colonias por una cantidad significativa de días, etc. No obstante, tras la espectacularidad del accionar insurgente el balance real reflejaba grandes debilidades (...) El pensamiento estratégico insurgente se trasladó entonces rápidamente de la barricada a la mesa negociadora.” (Ribera, R.: *El Salvador: la negociación del acuerdo de paz. ¿Un modelo para el mundo?*, Realidad #37, enero-febrero 1994, UCA, San Salvador; pág. 96).

17 “La paz no surgirá porque sus partidarios se hayan impuesto por fin a las fuerzas que protagonizaban la guerra. No será el triunfo de los pacifistas sobre los guerreristas.” (Ribera, R.: *Ignacio Ellacuría y la dialéctica* ECA #732, enero-marzo 2013, UCA, San Salvador; pág. 50).

18 Las diferentes fases de la historia de la guerra están descritas y analizadas en Ribera, R.: *El Salvador entre 1969 y 1999: dialéctica de tres décadas históricas*, Realidad #139, enero-marzo 2014, UCA, San Salvador.

19 “... el efectivo repliegue del movimiento popular de masas urbanas ocurrido en los últimos meses de 1980 oculta un hecho (...) entre 1981 y 1983 las luchas de las masas cambiaron de forma en El Salvador, manifestándose principalmente como luchas de masas en el campo a través de su participación en la guerra popular revolucionaria desplegada con la ofensiva general del 10 de enero de 1981.” Lungo, M.: *La lucha de las masas en El Salvador*, UCA, San Salvador, 1989; pág. 71.

20 El fragmento es del apartado *Dialéctica entre actores políticos y sujetos sociales* en el artículo Ribera, R.: *¿Guerra, paz... democracia? El Salvador de 1979 a 1994: una interpretación dialéctica*, Realidad #42, noviembre-

diciembre 1994, UCA, San Salvador; pág. 925.

21 Véase con mayor detalle el escenario en Samayoa, S.: *El Salvador: la reforma pactada*, UCA, San Salvador, 2002.

22 Ni siquiera la iniciativa de Ellacuría y la Iglesia católica, que mediante un “debate nacional” por la paz pretendía crear una “tercera fuerza” que fuera capaz de forzar a los guerreristas a terminar con la contienda bélica, pudo movilizar al pueblo salvadoreño. No obstante, su actitud de obstinada pasividad fue factor para determinar la negociación. Véase la valoración del propio Ellacuría, fechada el 30 de septiembre de 1988: *El significado del debate nacional* (Ellacuría, I.: *Veinte años de historia en El Salvador (1969-1989). Escritos políticos*, Tomo III, UCA, San Salvador, 1991; págs. 1469 a 1483).

23 Pueden resultar esclarecedoras las definiciones que ofrecemos en Ribera, R.: *Guerra, paz... democracia?*, opus cit.

24 Ribera, R.: *¿Guerra, paz... democracia?*, opus cit.; pág. 946.

25 Íbid.; pág. 948.

26 Prefacio a Marx, K.: *Contribución a la crítica de la economía política*, Alberto Corazón, Madrid, 1970; pág. 37.

27 “Era la respuesta al proceso electoral (...) el FDR-FMLN no lo jugaba todo a la carta del triunfo militar, sino que tenía también su alternativa política (...) se mostraba contrario, no a las elecciones en general, sino al tipo de elecciones que se estaban preparando en El Salvador.” (*El FDR-FMLN ante las elecciones de 1984*, en Ellacuría, I.: opus cit.; pág. 1583).

28 Para conocer sus posturas: Carpio, S. C.: *Nuestras montañas son las masas*, Der Keil, Viena, 1999. Citas y comentarios en Ribera, R.: *Lenin y Gramsci en El Salvador*, Humanidades, V época n°2, septiembre-diciembre 2013, UES, San Salvador.

29 “Hace ya mucho tiempo que para nosotros está claro que la revolución socialista, especialmente en países atrasados, tiene un prólogo en la revolución democrática, la cual configura, de acuerdo a las condiciones nacionales e internacionales de cada revolución, un proceso de transición al socialismo que, en algunos casos, puede ser muy largo. (...) En nuestro proyecto objetivamente hay espacio para la empresa privada. (...) El carácter nacional del proyecto es un factor capaz de ganar el interés y la participación de estos sectores.” Hándal, S. J.: *El socialismo: ¿una alternativa para América Latina? Schafik Jorge Hándal entrevistado por Marta Harnecker*, Alternativa, San Salvador, 1991; págs. 43 y 53.

30 Ribera, R.: *¿Guerra, paz... democracia?*, opus cit., págs. 965 y 966.

31 A propósito cabe recordar que algo similar le ocurría a Marx en sus coincidencias y diferencias con los anarquistas: “el camino para llegar a tal meta es diferente y, con ello, la propia meta cambia.” (Ribera, R.: *Marx no era marxista-leninista*, Realidad #140, abril-junio 2014, UCA, San Salvador; pág. 192.).

32 “La nuestra es una época de concesiones, de medidas a medias, del mal menor. Los visionarios son objeto de mofa o de desprecio, y los hombres “prácticos” rigen nuestras vidas. Ya no buscamos soluciones radicales sino meras reformas a los males de la sociedad (...) en una época donde el ser humano está tan preocupado por lo práctico, por lo posible de realización inmediata, constituiría sonable ejercicio volver la mirada hacia quienes soñaron utopía y realizaron su idea de perfección.” (Bernerri, M.L.: *Viaje a través de la utopía*, Proyección, Buenos Aires, 1962; citado como epígrafe en Tamayo, J. J.: *Invitación a la utopía*, Trotta, Madrid, 2012; pág. 9).

33 En forma de columna de opinión este texto fue publicado originalmente en El Faro el 29 de noviembre de 2009: El link para acceder a la misma es: <http://www.elfaro.net/es/200911/opinion/600/>